

La situación política española y los comunistas. Notas al margen de la actualidad

Andrés Nin

12 de marzo de 1933

(Tomado de *Revista COMUNISMO (1931-1934). La herencia teórica del marxismo español*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1978, páginas 223-229; publicado en *Comunismo*, número 22, marzo de 1933)

La revolución española sigue su curso, a pesar de las Cortes Constituyentes, que se hallan a una distancia astronómica de los problemas vivos de aquélla; a pesar de las tentativas de los hombres del 14 de abril para ahogarla con torrentes de elocuencia, y chaparrones de leyes, sabiamente combinados con los fusiles de la Guardia Civil y las ametralladoras de los guardias de asalto. El humo de las ilusiones democráticas se ha disipando y los antagonismos de clase se van manifestando en una forma cada día más acusada. Obreros y campesinos se lanzan a la lucha en todos los ámbitos del país. Los combates de hoy no son más que el preludio de otros más vastos y más agudos. La vitalidad y el ardor combativo de nuestras masas trabajadoras, tan generosamente prodigados durante estos últimos años, a pesar de la falta absoluta de dirección, diríase inextinguible.

Todo ello plantea problemas de sustancial importancia al proletariado revolucionario en general y a los comunistas en particular. Estudiarlos y resolverlos constituye su misión inmediata. Nunca como ahora se ha manifestado de un modo tan imperioso la necesidad para la Izquierda Comunista, vanguardia de la vanguardia del proletariado, de disponer de un órgano de combate, por lo menos semanal, destinado a cumplir la misión y a seguir de cerca los acontecimientos que se suceden con una velocidad vertiginosa. En su ausencia, nos vemos obligados a utilizar esta revista mensual para poner un comentario, forzosamente esquemático, a los hechos más significativos.

La revolución ha entrado en una de sus fases más interesantes. No es todavía la etapa decisiva, pero los elementos de ésta, que existen ya potencialmente desde que se inició el proceso revolucionario, van tomando contornos cada vez más definidos. Marx había hecho ya observar que en España los procesos revolucionarios se desarrollan generalmente con cierta lentitud. Esta característica de nuestras revoluciones ofrece una indudable ventaja a la vanguardia proletaria. Se ha perdido mucho tiempo, pero existen todavía posibilidades evidentes de recuperarlo. Constituiría, empero, más que un error, un crimen, confiar pasivamente en esta posibilidad, dejando que las cosas siguieran su curso sin realizar un esfuerzo heroico para enderezarlo. Es posible, no decimos probable, que la actual revolución española se desenvuelva con la misma lentitud que las anteriores. Pero no hay que olvidar que lo que hasta ahora había constituido casi una regla puede dejar de serlo por la situación internacional (Alemania, peligro creciente de guerra mundial, etc.), que no puede dejar de tener repercusiones en nuestro país y acelerar el curso de los acontecimientos. Lo más probable, por consiguiente, es que la historia conceda un plazo relativamente breve a la clase obrera española para que cumpla con su misión revolucionaria. Esta circunstancia agrava la responsabilidad de la vanguardia proletaria, que en condiciones históricas excepcionalmente favorables se halla ante el problema inmediato de llevar a las masas trabajadoras a la lucha por el poder, contando con una organización obrera disgregada, influenciada por anarquistas y socialistas, y un

partido en estado embrionario y, por añadidura, atacado de todas las enfermedades que aquejan a la III Internacional.

Hay que unificar, pues, a las masas obreras, coordinar el movimiento proletario con la insurrección campesina, eliminar la influencia dominante del anarquismo y del socialismo, transformar el actual partido comunista en el gran partido de la revolución.

La tarea a realizar es gigantesca, pero no puede amedrentar por su magnitud a una vanguardia que se propone transformar el mundo. La inmensidad misma de la tarea cuya realización nos confía la historia ha de servir de acicate para que nos lancemos a ella con entusiasmo, tenacidad y energía. Y no olvidemos que en los períodos revolucionarios se puede hacer en algunos meses lo que exige años, y aun décadas enteras, en los períodos de desarrollo normal. El que no se sienta con arrestos para lanzarse a la pelea en estas condiciones no es digno de llamarse revolucionario.

Un proceso revolucionario no se desarrolla, ni mucho menos, en línea recta. Los altos y bajos son normales en el mismo, y el error más grave que puede cometer el militante es considerar como definitiva una de esas depresiones temporales y modificar, en consecuencia, la línea estratégica general. Pero sería igualmente erróneo no adaptar la táctica a esas oscilaciones, aplicando mecánicamente, como ha venido haciéndolo el PC, cuatro fórmulas generales a todas las situaciones concretas que se han creado.

Los acontecimientos de estos últimos meses señalan, indiscutiblemente, un nuevo impulso ascendente de la revolución después del breve período de descenso, o más bien de estancamiento, que lo precedió. Las ilusiones democráticas se van desvaneciendo rápidamente. El movimiento huelguista ha ganado en amplitud e intensidad. Las luchas de carácter general, esto es, que no se reducen a un solo oficio o una sola rama, son cada día más frecuentes. Es verdad que ese movimiento tiene todavía un carácter fundamentalmente defensivo, pero va tomando cada día caracteres cada día más agudos y agresivos. Las repercusiones de la aventura del 8 de enero¹ han demostrado, con sorpresa para sus propios iniciadores, que la fuerza combativa de la clase obrera no sólo no está agotada, sino que encauzada podría producir verdaderos milagros. Pero es el movimiento campesino el que ha tomado un impulso particularmente poderoso, como para demostrar a los hombres de la República que el problema agrario, esta piedra angular de la revolución democráticoburguesa, sigue sin resolverse. Al mismo tiempo, se ha agudizado la lucha, en el campo de las clases explotadoras, entre la burguesía y los terratenientes. Estos, atemorizados ante el empuje de la revolución agraria, lanzan la voz de alarma y se aprestan a repetir, en una escala mucho más considerable y contando con fuerzas políticas más nutridas y mejor organizadas, el golpe del 10 de agosto.

Es a la luz de estos tres factores a la que hay que examinar la situación política creada en el país y que ha hallado su expresión en la lucha de Lerroux y de sus huestes contra el Gobierno Azaña. Lerroux es el representante de los intereses de los grandes terratenientes y de la iglesia contra la revolución democráticoburguesa. El ex caudillo de la más desenfadada demagogia encarna, por consiguiente, todo lo que constituía la base fundamental de la Monarquía. A esas dos grandes potencias feudales se añaden las viejas castas militares y ciertas categorías del capital comercial, y más que comercial,

¹ El 8 de enero de 1933, la FAI organizó en Barcelona un levantamiento insurreccional. Este fracasó como tal, pero el movimiento huelguístico se extendió a Levante, Zaragoza, Madrid, Murcia, Granada, Sevilla, etc. A su vez, el movimiento campesino protagonizó verdaderos levantamientos entre el 8 y el 12 de enero (Jerez de la Frontera, Sanlúcar, Utrera, etc.). En este marco tuvo lugar la matanza de Casas Viejas, que golpeó seriamente la estabilidad del Gobierno Azaña y fue un arma demagógica en manos de Lerroux.

especulativo, que sueñan con un régimen de semidictadura, siempre propicio a los intereses de grupo y a los panamás administrativos.

Constituiría, sin embargo, un error manifiesto sacar de la contraposición esquemática de esos dos grupos la conclusión de que el grupo personificado por el Gobierno Azaña representa los intereses de la revolución democráticoburguesa. Ya antes de la caída de la Monarquía sosteníamos que la República no podía solucionar radicalmente los problemas fundamentales de dicha revolución; que, en las circunstancias históricas presentes, ésta no podía ser realizada íntegramente sino por la dictadura del proletariado, en estrecha alianza con las masas campesinas. No creemos sea necesario insistir sobre el particular: *todos*, absolutamente *todos* los problemas esenciales de la revolución democráticoburguesa quedan fundamentalmente en pie, y muy particularmente el problema del campo, que la reforma agraria, en vez de resolver, ha agravado.

¿Cómo se explica, pues, la lucha encarnizada de los terratenientes, representados por Lerroux, contra un gobierno que por los autorizados labios de su presidente ha declarado que la reforma agraria era profundamente conservadora? ¿Cómo se explica el furioso ataque emprendido contra los socialistas, cuya complicidad en el estrangulamiento de la revolución ni tan siquiera necesita ser demostrada, puesto que la han proclamado abiertamente sus líderes más significados? ¿Cómo se explica, en fin, la exacerbación de la lucha entre dos clases igualmente interesadas en salvaguardar, por encima de todo, el sacratísimo derecho de propiedad? La explicación de la alarma de los terratenientes y de su furiosa acometida hay que buscarla no en la política agraria del gobierno, sino en el levantamiento campesino. Como es sabido, los campesinos, fiados en las promesas demagógicas de los socialistas, les votaron en masa y les llevaron a las Constituyentes con la esperanza de que les darían la tierra. La UGT contaba con un número importantísimo de organizaciones agrarias. Los terratenientes, en los primeros tiempos de la República, no sólo no opusieron reparos a la permanencia de los socialistas en el poder, sino que la vieron con buenos ojos. Tenían la seguridad (y no se equivocaban) de que nadie mejor que ellos defendería los intereses de las clases explotadoras y contendría el avance de la revolución. ¿No ha dicho uno de sus líderes más destacados² que la primera labor de los socialistas consistía en desplazar a los comunistas y a los anarcosindicalistas del movimiento, en “apartarlos de que influyesen en la dirección de las masas revolucionarias”? ¿Podían encontrar mejores auxiliares? Los socialistas se encargaron de frenar a las masas campesinas, de evitar los “excesos”, de adormecer su espíritu combativo con la promesa de una ley que daría satisfacción a su hambre de tierra. Pero las ilusiones campesinas se desvanecieron rápidamente; los socialistas han ido perdiendo el control que ejercían sobre las masas campesinas que se hallaban bajo su influencia y la revolución agraria se ha desencadenado impetuosamente en los campos andaluces y extremeños.

Esto explica el cambio de actitud de los elementos reaccionarios. El motivo fundamental que justificaba la presencia de los socialistas en el gobierno ha desaparecido. Si no pueden evitar los “desmanes” en el campo, si son impotentes para contener el avance de la revolución agraria, que no se efectúa en el parlamento, sino en el campo³, ¿qué necesidad hay de los ministros socialistas? ¡Fuera, pues, los socialistas del gobierno!

Pero ¿por qué querrán los terratenientes que abandonen el gobierno no sólo los socialistas, sino los ministros burgueses actuales? Porque, a pesar de su timidez, la reforma agraria les asusta, no por lo que representa en sí, sino porque, por su propia

² Manuel Cordero, *Los socialistas y la revolución*, Madrid, 1932, página 72.

³ “Las Cortes Constituyente no están en Madrid, sino en Andalucía”, se decía en la *manchette* del primer número de nuestro semanario “El Sóviet”.

insuficiencia, aviva más el apetito de tierra de los campesinos, hace más patente la injusticia del régimen agrario y, temeroso ante el ímpetu de la revolución agraria, necesitan un gobierno “de fuerza” que reprima los movimientos campesinos con mano dura. Y en este sentido, un gobierno del que formen parte los socialistas y republicanos de tipo pequeñoburgués, como Azaña y Domingo, no les merece suficiente confianza, los primeros por las limitaciones que les impone la necesidad de mantener la confianza de las masas que todavía les siguen, los segundos por las vacilaciones propias de su clase.

Aclarados los motivos que explican la actitud de las fuerzas reaccionarias acaudilladas por Lerroux, nos quedan por examinar las razones que inducen a la burguesía a mantener a los socialistas en el poder. Las ventajas de esta colaboración no pueden ser más evidentes. La burguesía tiene necesidad de una organización obrera domesticada, dispuesta a sustituir la lucha de clases por la colaboración y a convertirse en la base más sólida para la consolidación de la República, es decir, del orden social capitalista. Si esta organización, por añadidura, comparte las responsabilidades del poder y, por consiguiente, de la política burguesa en general, la colaboración constituye una garantía indiscutible para el “orden social”, para cuya defensa, según declaraba Prieto en vísperas de la frustrada huelga ferroviaria, los socialistas están dispuestos a sancionar todas las medidas represivas, por violentas que sean.

Esta colaboración es tanto más preciosa cuanto los dirigentes de la UGT han conseguido sujetar más reciamente a las organizaciones obreras que a los campesinos, y que Largo Caballero, desde un punto estratégico de tanta importancia como el Ministerio de Trabajo, se halla excepcionalmente situado para favorecer a la central sindical reformista y crear toda serie de obstáculos a la CNT, la cual, a pesar de los tremendos errores de su dirección, constituye, por el espíritu revolucionario de las masas que la componen, una pesadilla para la burguesía. Esta mantendrá a los socialistas en el poder mientras éstos puedan realizar esta obra y la lucha de clases no tome caracteres tan agudos que haga superflua, por ineficaz, a la colaboración. En este caso, la clase capitalista no sólo se desprenderá, con la mayor soltura de los socialistas, sino que se quitará sin reparo la careta democrática. Hubo un momento, cuando Lerroux inició su ofensiva, en que la burguesía empezó a vacilar. La CNT se hallaba entonces en su apogeo, las masas aflúan impetuosamente a la central revolucionaria y la clase capitalista, inquieta, temió que los socialistas perdieran completamente el control del movimiento obrero. Pero no tardó en tranquilizarse. Los dirigentes anarquistas, con su absurda táctica y su sectarismo cerril, no supieron aprovecharse de esos momentos excepcionalmente favorables y fomentaron activamente la disgregación del movimiento sindical revolucionario. En estas circunstancias, la colaboración socialista es de una eficacia evidente para la burguesía.

De este análisis sumario que hemos hecho de la situación política actual se desprende claramente la línea de conducta que las circunstancias imponen a la clase obrera. El proletariado debe impedir por todos los medios el advenimiento de un Gobierno Lerroux, que representaría la contrarrevolución descarada, la restauración de todo lo que constituía la base social de la Monarquía: poder omnímodo de los terratenientes y de la iglesia, de las castas militares y de la burocracia, especulación desenfrenada, persecución implacable del movimiento obrero y campesino, anulación completa de todas las libertades democráticas, ya tan cercenadas. La subida de Lerroux al poder representaría un enorme paso atrás, que las clases trabajadoras no pueden consentir.

Esto es de una evidencia tan absoluta, que no tiene necesidad de ser demostrado con prolijos razonamientos. Cualquier obrero que se oriente medianamente en las cuestiones políticas lo comprenderá sin dificultad. Por este motivo la actitud adoptada por

los elementos dirigentes de la CNT haciendo el juego a Lerroxx no puede ser más absurda. El odio legítimo que les inspiran los socialistas les oscurece la razón y les impide ver que, con respecto a un Gobierno Lerroxx, el Gobierno Azaña-Caballero es progresivo, y con su insensata política se convierten, inconscientemente, claro está, en los instrumentos de la más negra reacción. Lerroxx, viejo demagogo acostumbrado ya a manejar a los anarquistas durante años, ha sabido cogerlos en el anzuelo de Casas Viejas y de la lucha contra los socialistas sin comprender que bajo un Gobierno Lerroxx toda España se convertiría en Casas Viejas y la CNT sería prácticamente puesta fuera de la ley.

Toda la clase obrera está directamente interesada en impedir el avance de la reacción. Las circunstancias aconsejan imperiosamente la formación del frente único sobre la base de un programa aceptable por todos: oponerse al advenimiento de un Gobierno Lerroxx, luchar por la amnistía, el castigo inexorable de los responsables de los asesinatos de Casas Viejas, la abolición de la ley de Defensa de la República, el subsidio a los parados, el respeto de los derechos de asociación y reunión, la libertad de la prensa, etc., etc.

El frente único es un arma que, manejada con acierto, puede dar resultados magníficos. Pero para ello es preciso que el PC deje de emplearla como un simple medio de agitación, que se convierta en soluciones prácticas inmediatas de acción; para ello es preciso sencillamente que restablezca la concepción del frente único en el sentido en que fue elaborada por la internacional antes de su degeneración estalinista. El partido debe proponer inmediatamente el frente único sobre la base indicada a la CNT, a la FAI, al partido socialista, a la UGT, dirigiéndose directamente a sus comités. Preconizar el frente único “sólo por abajo” equivale prácticamente a renunciar a su realización. No podemos tener acceso a las masas influenciadas por los socialistas o los anarquistas más que a través de sus dirigentes. Si pudiéramos prescindir de ellos, si las masas estuvieran ya convencidas de que nuestro punto de vista es el justo, no habría necesidad de frente único.

El momento no puede ser más oportuno. La aplicación acertada de la táctica del frente único, sin demagogia absurda, con el propósito sincero de convertirlo en realidad, puede conducir a la unidad de frente efectivo “por abajo”, es decir, contra la voluntad de los dirigentes. Con su táctica actual, el partido no hace más que ahondar el abismo que le separa de las masas y desacreditar la idea misma de frente único.

La formación del frente único contra Lerroxx, ¿no implicará el apoyo directo al Gobierno Azaña? Cuando, en 1917, en vísperas de la Revolución de Octubre, los bolcheviques lucharon conjuntamente con mencheviques y s-r, contra la tentativa de golpe de estado de Kornílov, el gobierno de Kerensky no sólo no salió reforzado de ello, sino que su proceso de disgregación se aceleró vertiginosamente, mientras la influencia bolchevista crecía en la misma proporción entre las masas, a pesar de que el partido bolchevique no tuvo inconveniente en ir al frente único “desde arriba”, pactando con los elementos que estaban en el poder, que le perseguían encarnizadamente y que habían tenido connivencias con el general rebelde, el cual representaba lo que políticamente representa Lerroxx en la actualidad.

Si el partido no consigue movilizar a las masas y el Gobierno Azaña logra con sus propios medios parar los golpes de la reacción, como los paró el 10 de agosto, su posición se verá indudablemente reforzada. Todo depende de la correlación de fuerzas. Si, por el contrario, el partido consigue poner en movimiento a las masas, encauzar y dirigir su acción, la lucha contra Lerroxx se convertirá en lucha de la clase obrera contra el poder burgués y señalará un avance considerable de la misma en el camino de la conquista del poder.

Claro que para que el partido actúe de una manera eficaz es preciso que abandone definitivamente su demagogia huera, renuncie a la absurda teoría del “socialfascismo” que le separa de las masas socialistas, aprenda a saber distinguir los antagonismos existentes en el seno de las clases explotadoras utilizándolas en provecho propio, emplee un lenguaje adecuado para con las masas que se hallan bajo la influencia anarquista, instituya un régimen de democracia interna que convierta al partido en la gran organización revolucionaria de la clase obrera y reniegue de su estúpida política de escisión sindical. Pero ello presupone la admisión de la Izquierda Comunista en el partido y la renuncia completa a la política del estalinismo, el cual está demostrando precisamente su impotencia y su incapacidad para conducir al proletariado al combate y a la victoria.

Andrés Nin

Cárcel de Algeciras, 12 de marzo de 1933

Edicions Internacionals Sedov

Serie: **Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España**

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es